

D.ⁿ Josef Ig.^o Ortega, y D.^a Catalina Alvarez viuda del Cont.^{dor} D.ⁿ Visente Nariño, desimos q.^e condesenemos en el Matrimonio q.^e quieren conthraer nuestros hijos legítimos D.ⁿ Antonio Nariño y D.^a Magdalena Ortega; en atencion aq.^e no tenemos motibo p.^a q.^e impedirlo, o contradesirlo, y p.^a q.^e assi le conste al S.^{or} Ordinario damos la presente, y firmamos en esta Ciudad de S.^{ta} Fee a catorse del mes de Marzo de mil, setecientos, ochenta, y sinco.

Jph. Ign.^o Ortega.—Catalina Alvarez.

CZARINE O BETTY?

(Narración de veraneo)

—Ha habido un derrumbe sobre la línea, y el dejarla despejada es trabajo de un par de horas por lo menos, dijo el conductor de una manera perentoria.

Para los que en tiempo de lluvias frecuentan el ferrocarril de Girardot, verdadero camino de montaña, aquel no era un incidente inesperado, pero no sucedía lo mismo para una pareja de extranjeros que se dirigía hacia la capital. Eran el señor M. F. de Ofigner y su esposa, profesor el primero de lenguas sabias y de literatura oriental en un instituto de Boston, ambos de nacionalidad francesa pero residentes allí hacía varios años. Viendo dificultado el viaje a Europa por causa de la guerra, habían tenido el capricho de venir a hacer una visita a la metrópoli colombiana. Venían, pues, de la Atenas del Norte a la Atenas del Sur. Los pasajeros se dispersaron a uno y otro lado de la vía, y los esposos Ofigner, contrariados por aquella imprevista detención, resolvieron aprovecharla tomando vistas fotográficas del hermoso paisaje del contorno. Acompañá-

balos una linda perrita color de canario, que obedecía a los dos nombres de *Czarine* y de *Betty*, con que indistintamente la llamaban. Diríase que aquella fusión de nombres, uno francés e inglés el otro, en tan breve criaturita era un símbolo casero de la *entente* franco-inglesa.

Como los dos viajeros y su perrita despertasen vivas simpatías, un grupo de personas los asedió, y alguno más curioso que los otros preguntó al señor Ofigner el origen de esa dualidad de nombres del animal. El señor Ofigner y su señora entendían y hablaban con alguna propiedad la lengua castellana. Sentándose sobre la grama, el primero hizo entonces el siguiente relato:

* * *

—Una tarde de estío nos desmontábamos mi esposa y yo en la pequeña estación de Saint-Antoine en viaje para Anneville, ameno y olvidado rincón que en vano buscaréis en el mapa, residencia de las De la Tour, primas de mi esposa, bajo cuya cariñosa hospitalidad íbamos a buscar un poco de reposo después de un nuevo año de trabajo. Mientras llegaban las cabalgaduras que debían conducirnos al lugar de nuestro destino, distante cosa de una hora de Saint-Antoine, entramos en una especie de fonda contigua a la estación para sombreadar, pues el sol era vivo, y tomar algún refresco. Presentósenos allí una perrita de pequeña estatura, de piel ocre pálida, el pecho blanco y la interesante carita acentuada por tres puntos negros: los dos ojos y la extremidad de la nariz. Las menudas orejas, semejantes a dos conchas, ofrecían un movimiento intencionado cual si tratasen de identificar nuestra voz y penetrar el sentido de nuestra conversación. Aquel animalito parecía interrogarnos con sus expresivos ojos y con el enarcado movimiento de sus orejas; desde el primer momento se acercó a mi esposa. Habiéndonos parecido al

principio un gozquecillo vulgar, acabó por interesar vivamente a mi esposa, ella que nunca había sido afecta a los canes. ¿Porqué estaba allí esa perrita en una estación tan poco frecuentada? ¿Se le había extraviado a algún viajero? ¿En qué dirección iría éste? ¿Encontró acaso el animal algún parecido entre nosotros y sus perdidos dueños?

Ese pobre animalito abandonado en esa solitaria estación nos hizo recordar el hermoso cuadro *Left behind!* expuesto en el salón de pintura de 1901, obra en que el artista inglés Carlos Arnold supo interpretar con mano maestra una delicada escena.

Ante el espectáculo de un cielo gris y de un gris océano que impasiblemente lo refleja, se destaca en el muelle la hermosa figura de un perro que tiene las manos apoyadas sobre el pretil, la cola fuertemente recogida entre las piernas y la cabeza, casi pensativa, vuelta en dirección a un bajel que se aleja en la brumosa distancia. Tal cual ave marina hiende los aires. Un grueso cable a la izquierda y un carrito a la derecha completan el cuadro. La cuerda, reventada, que pende del cuello del animal, revela algo de lo que debió de suceder. Un tenue encrespamiento de la superficie del agua armoniza muy bien con el silencio que reina. ¡Pobre perro! se ha quedado en tierra, *left behind!*

Pero allí no estábamos en presencia de ningún mar ni buque alguno había partido; lo que teníamos delante era una interminable carrilera y una humilde estación y unas casitas más humildes aún. Evidentemente el dueño o tal vez dueña de la perrita no estaba cerca. La examinamos y observamos que tenía las uñas cuidadosamente recortadas y algunas ceñiduras en los muslos, en el anca y en el cuello.

—No ha mucho, dijo un italianito que se había incorporado en el grupo, sucedió que el perro del señor Ubaldo Orna, cazador milanés, quien había tomado el

tren en Verona, donde vivía, para dirigirse a un lugar de montería, se extravió en una estación intermedia, y, convencido de que ya no podía seguir a su dueño, tomó el primer tren que venía en dirección contraria y así pudo regresar a Verona para esperar al amo en su propia casa. Los diarios de mi país comentaron largamente el hecho.

—Eso está muy bien, replicó el señor Ofigner, pero hay que convenir en que no todos los perros perdidos se hallan en el caso del perro del señor Ubaldo Orna. Y prosiguió:

—Las cabalgaduras que aguardábamos llegaron por fin; montámos y marchámos para Anneville; la perrita, sin que la llamáramos, nos siguió; tal vez allá encontraría su dueño. Antes de una hora estábamos en aquel lugar, donde las primas nos recibieron con los brazos abiertos y nos hicieron desde ese momento objeto de los más exquisitos cuidados. En un lugar tan reducido como Anneville; pronto nos convencimos de que no se hallaba el dueño de la heroína. A los sobriños de las De la Tour les encantó la recién llegada y entusiasmados la bautizaron con el nombre de *Fortune*, sin pensar en lo inconstante de esta deidad. He dicho que mi esposa jamás había sido adicta a los perros.

—Tenía para ello mil razones de orden doméstico, observó madama Ofigner. Los perros suelen ser desaseados, o dañinos, o golosos; ya ladran tontamente a las personas que llegan a la casa, bien puedan ser amigos o parientes; ya su misma zalamería los hace empalagosos, pues le destrozan o ensucian a uno los vestidos con sus agasajos. De las perras no hay para qué hablar.

Por eso vimos con buenos ojos el cariño que los sobrinos de nuestras primas habían cobrado a la aparecida, pues así podríamos lindamente descartarnos de

ella; pero *Fortune* no daba muestras de corresponder al afecto de los niños, y antes bien se adhería cada vez más a nosotros, no nos abandonaba un momento, a donde quierá nos acompañaba: al paseo, al baño, al mercado de frutas, a la humilde iglesita de Anneville.

—Llegó el día de partir. Después del desayuno nos despedimos de nuestras obsequiosas primas y montamos a caballo para ir a tomar el tren en la estación de Saint-Antoine. No bien habíamos salido cuando *Fortune* nos alcanzó y se emparejó con nuestras cabalgaduras, y eso que, como lo supimos después, los niños la habían amarrado para retenerla, pero ella rompió sus ataduras por seguirnos. No es fácil encadenar la fortuna.

En la estación de Saint-Antoine dudábamos sobre lo que debíamos hacer con el pobre animal, pero una buena señora de la vecindad nos encareció que no lo dejáramos porque sufriría mucho. El tren llegó, y la perrita irguiéndose sobre sus pies hizo además con ambas manos para que la subiéramos; no habiendo tiempo que perder y movidos por un sentimiento de compasión, la tomamos y entramos a nuestro carro. Por de pronto la perrita se metió debajo de nuestro asiento, pero habiendo tratado de salirse en la estación siguiente, la envolvimos en una manta y así permaneció inmóvil por más de seis horas sin recibir alimento alguno hasta que llegamos a la estación terminal. Nuestro regreso a la casa llevando a la recogida causó no poca admiración a mi *belle-sœur* conocedora del modo de pensar de su hermana respecto de los perros en la ciudad.

Ya en casa, comenzamos a descubrir las excepcionales cualidades del animal. Era sumamente sobria: sólo comía pedacitos de carne, galleta o pan endulzado, y el único líquido que tomaba era agua; mostraba eso sí predilección por las almendras. Sorprendentes eran sus hábitos de aseo; parecía dotada de algo que a veces falta en algunos seres humanos, el sentimiento

de la vergüenza. No se la oía ladrar, en términos de que llegamos a pensar fuese muda, como los primitivos perros de América. Salimos de esta duda un día que, sin golpear, entró a casa un amigo, y entonces la perrita dio la señal de aviso. Gustábale salir a la calle, y además era necesario darle este gusto temiendo que llegara a enfermar. Una gran tristeza la dominaba; a veces gruesas lágrimas caían silenciosamente de sus grandes ojos negros. ¡Cómo deseábamos conocer sus antecedentes y aventuras! ¡Si ella pudiera hablar! Figurábasenos un naufrago arrojado a una playa extranjera que no podía hacerse entender por lo desconocido del idioma.

Hubo que pensar en poner nombre a la recién venida, y ello fue motivo de algunas deliberaciones. Pareciónos que le llamaban la atención los nombres acabados en *ine* y resolvimos escogerle uno; no pocos desechamos por ser nombres de persona, sin parar mientes en que no faltan damas que gastan lindos nombres de perra; por último decidimos apellidarla *Czarine*, y muy en breve se acostumbró a este título.

A los pocos días de nuestro regreso, extravióseme una tarde en un punto muy central de la ciudad y a gran distancia de nuestra habitación; cuando noté la falta, empecé a buscarla con afán, pero después de larga e infructuosa pesquisa, de noche ya, pensé que acaso pertenecería a alguna persona del lugar y que o había tropezado con su dueño o se había marchado a su viejo domicilio. No sin pesar, vuelvo a la casa y tengo la grata sorpresa de encontrarla allí: se había vuelto sola, pero copioso llanto inundaba sus ojos. Era lógico concluir que su dueño no residía en esa ciudad, y hasta donde fue posible llevar la averiguación no se obtuvo noticia alguna de él.

* * *

El animal se hizo cada vez más importante, y ya todos nuestros relacionados al enterarse de nuestra casa, agregaban invariablemente: «¿Y *Czarine*?» «Una de nuestras amigas, Mrs. Mary O' Neale aseguró descubrir en ella rastros de educación parisiense, y a la perrita por su parte le agradó la señora y le llamó la atención el metal de voz de su marido, quien tiene un marcado acento del litoral marítimo. Esta amiga le regaló un lindo collar azul con cascabel; otra le envió uno negro con una placa sobre la que estaba bellamente grabado el nombre *Czarine*; un joven poeta de la vecindad, le compuso unos versos en que pondera sus negros ojos. En fin, la perrita dio largo tema de conversación acerca de historias y hazañas de perros. Algunas de éstas son bien interesantes por cierto.

Se recordó cómo Homero cuenta en la Odisea que cuando Ulises, después de diez años de aventuras y de ausencia, regresa a sus lares, sólo su perro lo reconoció, y cómo al acariciar a su amo murió de placer. En este momento, como anota Delille, el lector, olvidando a Penélope, a Eumeo y a Ulises mismo, ve en el fiel animal al verdadero héroe del poema.

—Esto es muy bello, observó un sacerdote, y apenas cede a la encantadora presentación que nos hace del perro la Sagrada Escritura. En efecto, leemos en el libro de Tobías: «Partió, pues, el joven Tobías (a casa de Gabelo y acompañado por Rafael), y el perro le siguió» (Cap. VI). Y hé aquí estos 3 versículos del Cap. XI en que se narra el regreso: «Ana se iba a sentar todos los días cerca del camino sobre la cumbre de un monte, desde donde podía alcanzar a ver a gran distancia. Y como estuviese atalayando desde aquel lugar si venía su hijo, alcanzó a ver desde lejos y reconoció inmediatamente a su hijo que venía, y corrió a dar la nueva a su marido diciéndole: 'Mira que viene tu hijo.'

Entonces el perro, que había ido con ellos en el viaje, se adelantó corriendo, y, *como mensajero que viene, se holgaba haciendo halagos con la cola.*» Nadie se atreverá a calificar de superflua esta circunstancia que, por su dulce sencillez, despierta en el ánimo una emoción inexplicable.

—Persona hubo que, simpatizando un tanto con las teorías de la metempsícosis, se aventuró a sugerir si la enigmática *Czarine* no sería reencarnación de alguna dama distinguida o quizá de algún miembro de familia cuya identificación pudiera establecerse por los rasgos fisonómicos de la perrita. Pero lo cierto es que los libros sagrados de la India, cuna de tan extrañas teorías, no hacen grande honor a la raza de los canes. Las Leyes de Manú en el libro XII, que trata de la *Trasmigración de las almas*, dicen (versículo 55): «El asesino de un brahmán encarna en el cuerpo de un perro,» en el verso 62: «Si uno roba grano renace ratón; si latón, cisne; si agua, somormujo; si miel, tábano; si leche, cuervo; si jugo de vegetales, perro...», y en el 69 se agrega: «Las mujeres que hayan cometido cualquiera de los robos que se acaban de exponer, incurren en el mismo pecado, y renacerán en la condición de hembras de todos esos animales.» En nombre de la nobleza del linaje de los canes hay que protestar contra tan ridículas ficciones.

Mejor librados los deja el persa Zarathustra, el reformador aquél que dividió el universo en dos bandos irreductibles: las criaturas del espíritu del bien y las criaturas del espíritu del mal, las de Ormuzd y las de Ahrimán. Uno de los capítulos de su código, el *Avesta*, el *fargard* 13 de la parte llamada *Vendidad*, está íntegramente dedicado al perro. «¿Cuál es, dice, entre todas las criaturas, la que todas las noches va a devorar las criaturas del espíritu del mal? Ahura-Mazda respondió: 'Es el perro de espaldas redondas

y de cabeza delgada y larga. Si un hombre mata a un perro, mata su alma para nueve generaciones, y el puente divino le será prohibido, a menos que haya expiado su culpa.... Si un hombre mata a un perro de pastor o a un perro de guarda, su alma pasará al otro mundo gimiendo cual si se hallara en una selva donde reina el lobo cruel. Si un hombre hiere al perro de un pastor, si le corta una oreja o le quiebra un pie, y un ladrón o un lobo penetran entonces en la granja, que el perro ya no puede guardar, el hombre pagará el daño causado.... «De todas las criaturas del buen espíritu, el perro es el que envejece y muere mas rápidamente, si no se le nutre como es debido. Por lo tanto, que se le dé leche y carne.... El perro tiene las virtudes de un sacerdote, de un guerrero, de un labrador, de un músico, de un ladrón, de una cortesana y de un niño....»

Un estudiante de latinidad trajo a cuento el admirable caso de fidelidad que refiere Plinio el antiguo, y que es como sigue: «Bajo el consulado de Appio Junio y Publio Silio se procedió por causa de Nerón, nó el Emperador hijo de Domicio Enobarbo sino de Nerón hijo de Germánico, contra Ticio Sabino y su servidumbre. Sucedió que el perro de uno de los procesados siguió a su amo a la cárcel y no fue posible ahuyentarlo de allí. Ejecutado el reo, el perro permaneció junto al cuerpo expuesto en las gradas de las *Gemonias* lanzando tristes aullidos, en medio de una gran concurrencia del pueblo romano, y como alguien le ofreciese alimento lo llevó en seguida a la boca del difunto. Arrojado éste al Tíber, el perro se echó a nado y pugnaba por sostener a flote el cadáver, con grande admiración de la multitud que se había desplegado en la ribera a contemplar la fidelidad del animal.» Este hecho asegura Plinio que acaeció en su tiempo y que fue consignado en las actas del pueblo romano.

Ahora la escena pasa en la edad media y es una señora quien hace el siguiente relato: Era a comienzos del siglo XIV cuando una terrible epidemia azotaba a varias ciudades de Italia y entre ellas a Plasencia. Temeroso del flagelo un caballero llamado Gothardo se había retirado con su familia a un castillo que poseía en las afueras de la ciudad a doscientos o trescientos pasos de un solitario bosque. Estando un día a la mesa, uno de los perros del castillo tomó un pan en la boca y se escapó con él. Por de pronto, no se hizo mucho caso de este robo; pero el día siguiente, estando también sentados a la mesa, repitió el perro la misma diligencia, y echó a correr. Creyó Gothardo que esto dependía de que tendrían hambreado al pobre animal, y riñó ásperamente al criado que cuidaba de los perros. Por más que éste protestó que estaba bien proveída la trahilla, no fue creído. Mas como al tercero día el perro hurtase nuevamente el pan de la mesa y se escapase con él, se decidieron a seguirle, y vieron que se dirigió al bosque y penetró en una choza que demoraba a la entrada del mismo. Allí alargó el pan a un pobre peregrino y después de haberle halagado con la cola, se retiró. ¿Quién hubiera creído que aquel pobre era nada menos que hijo del extinto Gobernador de Montpellier, ciudad del reino de Francia, que había renunciado sus bienes y su alta posición por amor al Salvador y servicio de sus prójimos y ahora, víctima de su caridad para con los enfermos, tocado de la peste, se había refugiado en aquel paraje? Conmovióse Gothardo, y así como siguiera los pasos de su perro, determinó seguir también los de aquel varón extraordinario, que ha pasado a la posteridad con el nombre de San Roque.

Otro de nuestros amigos, que ha hecho excursiones por los Alpes, rememoró las proezas de los perros del monte San Bernardo. Los pasos entre Saboya y

Suiza, dijo, son muy peligrosos, y eran hasta hace menos de un siglo muy frecuentados a pesar de las terribilísimas tormentas a que están expuestos. En el día más sereno en apariencia, cuando la nieve brilla espléndidamente, sobreviene de golpe, sin que haya sido posible preverla, una borrasca: la nieve cae en espesos copos y cubre con su blanco sudario los ásperos picos del San Bernardo; el sendero queda interceptado por los aludes; la sombra lo inunda todo, y, al soplo helado de la noche, el águila desde la cima inhospitalaria lanza por última vez su fatídico grito. Ante tan fúnebre augurio el viajero transido de horror y de frío no se atreve a dar un paso más y, sin aliento casi, aguarda al borde de los precipicios su última hora. Tal vez la imagen de su esposa y de sus hijos acude a su memoria para redoblar sus angustias. Un adormecimiento funesto, precursor de la muerte, invade sus ojos.... De súbito resuena el tañido de una campana y ¡oh sorpresa! una luz ha brillado en la oscuridad; ¿es una ilusión? El tañido vibra con más fuerza y a él se agrega otra voz: ¡a de un perro que ladra, el cual abriéndose paso por los desfiladeros se acerca al infeliz caminante: héle ahí calentándole con su vaho y ofreciéndole un saquito de provisiones. El monje que le seguía ha llegado también. Entonces, como dice Chénédollé, «la muerte suelta su presa, y la caridad cuenta un prodigio más.»—Los perros del San Bernardo constituyen una casta especial, son muy grandes, esforzados y sagaces y de un olfato finísimo. Entre ellos hubo una dinastía muy célebre, la de los *Barrys*, que salvaron la vida a un considerable número de pasajeros y merecieron ser condecorados con medallas de honor.

—El perro, observó un pintor allí presente, ha suministrado abundante materia de estudio a los artistas desde alguna época no muy lejana. Pintores ingleses, alemanes y franceses no han desdeñado consagrarle

sus pinceles. En el museo del Louvre he admirado, dijo, la pintura en que Desportes (1661 † 1743) inmortalizó tres de los mejores perros de Luis XIV: *Bonne*, *Nonne* y *Pomme*, pues es sabido que *le roi galant*, *le roi charmant*, como le llamaban sus contemporáneos, era aficionado a los ejercicios de la caza.

Un estudiante de medicina hizo la siguiente exposición: El género perro, del orden de los carnívoros, clase de los mamíferos, comprende tres especies bien conocidas, a saber: el perro propiamente dicho, el lobo y la zorra, animales caracterizados por su sistema dentario, su vista excelente, su oído fino y su olfato sutil; todos de talla mediana, pero bien proporcionados y fuertes y ágiles a la vez. Ninguna otra especie animal rivaliza a la del perro en el número de variedades o razas; su talla ofrece diferencias muy notables, y el color y la calidad de su pelo varían en grado máximo. Siendo muy tupidos los poros de su piel, no suda jamás; cuando está sofocado, se refresca activando la evaporación por los acecidos de su lengua; soporta sin peligro fuertes cambios de temperatura. El perro vive ordinariamente 14 o 15 años, pero se registran no pocos casos de individuos que han pasado de 20. La literatura zoológica cuenta como una pieza maestra la descripción que de este animal nos ha hecho Buffon. Hé aquí unos rasgos:

«El perro, independientemente de la belleza de su forma, de su ligereza y su fuerza, posee por excelencia todas las cualidades interiores que pueden atraerle los miramientos del hombre. Un natural ardiente, colérico, aun feroz y sanguinario hace al perro salvaje temible a todos los animales, y cede, en el perro doméstico, a los sentimientos más dulces, al placer de agradar y de ser amado; viene arrastrándose a poner su valor, su fuerza y sus talentos a los pies de su dueño, cuyas órdenes espera para hacer uso de ellos; le consulta, le-

interroga, le suplica; un guiño del ojo le basta para entender la voluntad de su señor. Sin tener, como el hombre, la lumbrera del pensamiento, tiene todo el calor de la sensibilidad; más que él, posee la constancia en sus afectos; ninguna ambición, ningún interés, ningún deseo de venganza, ningún temor si no es el de desagradar; es todo celo, todo ardor, todo obediencia. Más sensible al recuerdo de los beneficios que al de los ultrajes, no se rebela por los malos tratamientos, los sufre, los olvida . . . , lejos de irritarse o de huir, se expone a nuevas pruebas; lame esa mano—instrumento de dolor—que acaba de golpearle, no le opone sino la queja, y la desarma en fin por la paciencia y la sumisión.»

En dondequiera el perro aparece asociado al hombre en sus placeres y en sus trabajos. Si hasta hace poco servía para guardar la casa, para cuidar de los rebaños, para las faenas de la cacería, para guiar a los ciegos, tirar de los trineos y salvar a los naufragos, en la época moderna ha redoblado sus servicios: hay perros que llevan el correo, perros policías, perros contrabandistas, perros de la cruz roja y perros militares que transportan piezas de artillería. Cosmopolita como el hombre, el perro aprende y ejerce todas las profesiones de su amo. Con razón dijo el naturalista Cuvier que la domesticación del perro «es la más completa, la más singular y la más útil conquista que el hombre haya hecho jamás.»

* * *

—No es maravilla, pues, prosiguió el señor Ofigner, que el perro ocupe tan importante lugar en la historia y en la fábula, en la ciencia y en el arte; es el animal amigo del hombre. En los monumentos aparece al pie de la mujer para simbolizar el afecto y la fidelidad, y al pie del hombre para significar la magnanimidad y el

valor; púsose sobre la tumba de los cruzados para denotar la lealtad con que ellos siguieron el estandarte de la cruz. Pero hemos olvidado a nuestra *Czarine*.

Cada día nos habíamos encariñado más con ella, y como ni por medio de nuestras relaciones ni por los anuncios de la prensa fue posible descubrir al dueño de la perrita, ésta acabó por quedar incorporada en nuestro hogar. Familiarizada con la vida ciudadana, gustábanle los coches, los tranvías, los autos, la luz artificial; no se sorprendía con las bandas militares ni con los disparos de cañón. Un día que íbamos en coche, al cruzar cierta esquina, de repente se enderezó sobre sus patitas y clavó fijamente la mirada en un grupo de caballeros. ¿Había reconocido a alguno?

—No mucho tiempo después, añadió madama Ofigner, una tarde en que salimos a un almacén de la ciudad, estando en un sitio muy central, un caballero desconocido para nosotros, que andaba en muletas, se me acerca y sin preámbulo alguno me dice: «—Mi señora, esa perrita es mía, y en prueba de ello, agregó, *Betty, Betty*, ven acá!» Cuál sería nuestra sorpresa y nuestro desencanto al ver que la perrita se levantó sobre sus patitas y se acercó a olfatear las manos del que se decía su dueño; aunque sobresaltada, había entendido aquel nombre. «Te causa extrañeza, prosiguió el desconocido, verme de muletas, pero soy el mismo, *Betty*.» El señor estaba conmovido, y la perrita y nosotros no lo estábamos menos. «Esta perrita, agregó aquél, la perdí sin saber cómo en una pequeña estación, no lejos de Anneville, a tiempo que yo, llamado por mi gobierno, me dirigía a prestar el servicio militar en Francia. Allá, en las jornadas del Marne, fui herido en una pierna, y a este penoso accidente debo el haberseme permitido volver antes de lo esperado al lado de mi esposa, quien durante mi ausencia no tuvo ni siquiera el consuelo de

la compañía de este noble animalito! ¡Cuánto va a ser el gusto de ella al volverlo a ver!» No era posible resistir al acento de verdad de estas palabras; *Czarine* era *Betty*, y no sin pena hubimos de aceptar lo que parecía de razón y justicia. El caballero, llevado de su entusiasmo, quitó el collar a *Czarine* y nos lo entregó, y ordenó a un muchacho conducirle la perrita hasta su casa. En seguida inclinándose hacia nosotros, nos alargó su tarjeta, en que se leía: *Paul Serment, capitaine d'infanterie de l'armée française*. Y, *au revoir!* fueron sus últimas palabras.

Vueltos a casa, apenas podíamos resignarnos a la pérdida que acabábamos de hacer; por todas partes veíamos a *Czarine*, nos hacía falta en las horas de comer, cuando salíamos a la calle, a tiempo de acostarnos; su camita ahí estaba con su cortina y sus cobertores. Cuando nuestros amigos nos hacían la consabida pregunta: 'Y *Czarine?*', experimentábamos un vacío interiormente. Pretender recobrarla ofreciendo compra por ella era pensar en lo imposible, dado el afecto que el señor Serment y su esposa a no dudarlo le tenían. Invoqué ¿por qué no decirlo? al santo de Asís, que tan tiernamente se interesaba por los animales, para que nos devolviera la querida perrita.

Vivíamos por entonces hacia el norte de la ciudad en una quinta cuyá entrada estaba cerrada por una reja de hierro. Hé aquí que la noche de Nochebuena oigo un ligero ruido como de un rasguño en la puerta de mi alcoba; abro la puerta y veo ¡oh maravilla! a *Czarine* o *Betty* que se arrastra hacia mis pies! Parecía un sueño, y una ola inmensa de júbilo nos invadió a todos hasta las personas de la servidumbre. Todos pensamos que era el *Christmas-box* que el cielo nos enviaba. ¿Consentirían los dueños de *Betty* en este envío?

—Llegó el día de año nuevo, continuó el señor Ofigner, y resuelto a jugar el todo en el asunto, me dirigí

a casa del señor Serment a noticiarle lo ocurrido y proponerle alguna cosa por la heroína. Al llegar a la puerta vacilo algunos instantes, al fin golpeo y se me ordena seguir. El señor Serment estaba en cama, pero una vez que fui anunciado se me hizo entrar. Después de un saludo, le manifiesto el objeto de mi entrevista, y antes de que yo le hiciera propuesta alguna, me contesta con el viejo proverbio inglés:—'*Love dogs and they will love you.*' Veo que la perrita los quiere mucho a ustedes. Amo la libertad, y la respeto hasta en mis animales; si *Betty* prefiere estar con ustedes, yo no la forzaré a vivir con nosotros; y me alegro de que ella haya caído en tan buenas manos. *Betty* es suya, puesto que ella lo ha elegido así.' Di al señor Serment gracias muy sinceras, y, deseándole el restablecimiento de su salud y un feliz año, me despedí. Mejor éxito no podía desearse, y la noticia que llevé a casa fue tenida como un gratisimo *new-year's gift*.

Tal es la causa de que esta perrita lleve los dos nombres de *Czarine* y *Betty*, concluyó el señor Ofigner.

* * *

En este momento la locomotora lanzó su largo silbato de atención. *Betty* o *Czarine* se alzó sobre sus patas, miró hacia la máquina y empezó a impulsar al señor Ofigner y a su esposa hacia los carros: Ya era tiempo: se había comunicado que la línea había quedado expedita, y, despidiéndose con presteza de los dos viajeros, todos acudieron a tomar nuevamente su puesto en el tren. Un momento después éste reanudó su marcha.

FRANCISCO M. RENJIFO